

María Reina de la Paz en los Papas de la modernidad

Salvatore M. Perrella, OSM

Decano de la Pontificia Facultad Teológica "Marianum", Roma.

Presidente de la Asociación Mariológica Interdisciplinaria Italiana.

Los pontífices de nuestro tiempo han vivido con grande participación el dramático y magnífico siglo XX y los inicios del XXI; siglos, especialmente el vigésimo, que han conocido, a su pesar, «una impresionante progresión de la implicación de los civiles en los conflictos» (A. Riccardi). Es todavía bastante difícil tener una visión serena y equilibrada sobre los hechos y los significados de la época que hemos dejado atrás hace pocos años. Ha sido un tiempo complicado y difícil; ha sido, entre otras cosas, “el siglo de las ideologías” en el cual – como escribe K.D. Bracher – *idealización* y *crisis del progreso* se convierten en un estímulo fascinante, pero también en una fuerte pesadilla.

Mientras, en la que nos encontramos, es la época llamada “postmoderna”, presentándose con una impetuosa y radical transformación *antropológica* que ha golpeado las estructuras socio-económicas, políticas, culturales y religiosas, de la cual es todavía prematuro dar una valoración clara y objetiva.

En el siglo XX, por ejemplo, se ha observado: - la “crisis modernista” en el ámbito eclesial de la teología católica; - el origen y el arraigo de fenómenos preocupantes debido a un cierto “nihilismo” filosófico y práctico que conducen, al menos en las intenciones de sus epígonos, a una progresiva des cristianización con consecuente secularismo; - la crisis económico-política que crea insatisfacción e inestabilidad con los acontecimientos de las relaciones entre Estados e individuos; - el terrible asomarse del comunismo soviético y de los totalitarismos fascista y nacistas; - la explosión de la tormenta bélica de las dos guerras mundiales, que entre otras cosas, han causado el drama de la Shoah y la destrucción por las bombas atómicas de Hiroshima y de Nagasaki, ambos eventos convertidos en *símbolos trágicos* del “siglo de la violencia”, y del “siglo del genocidio”. La terrible *tragedia de Auschwitz* – en definitiva el *Holocausto* – que, de algún modo, se convierte en “una especie de paradigma del mal”, ha obligado y obliga todavía hoy a los creyentes a

“repensar” la idea de Dios, del mal y del sufrimiento transmitida por la tradición filosófica y religiosa del Occidente.

Tales eventos han modificado la percepción del mal y la conciencia de su incumbir; el siglo apenas concluido y aquel de un decenio iniciado, el XXI, ha regresado a preguntarse sobre el mal, debiendo comprender por qué la humanidad «en vez de entrar en un estado verdaderamente humano», se hundiría, por el contrario, en un «nuevo género de barbarie» (M. Horkheimer - T.W. Adorno).

Y lo debe hacer en un contexto marcado por los nuevos fundamentalismos religiosos, especialmente islámicos, con su respuesta de un *Dios violento* como principio ordenador de las sociedades y de las culturas.

1. El siglo XX, “siglo del mal”

En un volumen misceláneo editado en el 2002 y titulado *I concetti del male*, Pier Paolo Portinaro ha escrito:

En la autoconsciencia de los contemporáneos el siglo XX ha sido el *siglo del mal*. Por una parte las guerras totales y post-convencionales que se han combatido han producido un balance de víctimas impresionante. Por otra parte, los regímenes totalitarios, nacionalista y estalinista, han conducida a la humanidad, incrementando aquel balance, a un vértice de destrucción y sadismo sin precedentes. Esos excesos, por cierto, no solo han dejado consecuencias dolorosas sino ofrecido modelos que han encontrado imitación.

También la teología del siglo XX ha debido interrogarse y confrontarse con esta destructora “erupción del mal”. Después de Auschwitz, no obstante los gigantescos trabajos de *remoción*, el pensamiento religioso ha sido llamado a hacer frente con una negatividad sin retroventa; a raíz de la segunda guerra mundial todas las comunidades creyentes han estado profundamente turbadas e interpeladas por el escándalo de “el silencio de Dios”. Con Karl Barth († 1968) se ha hablado de un *Dios totalmente Otro, Desconocido e Incomprensible*; y con Luigi Pareyson († 1991) se ha re-propuesto la idea de un Dios que es origen del mal, en el sentido que en él está presente no la realidad sino la posibilidad del mal, de él mismo descartada pero no descartada por la creatura que le es imagen, el hombre-mujer. Se habla además, con Hannah Arendt (†1975), de la trágica “banalidad del mal” que ha hecho a personas, estados y culturas incapaces de escapar al *efecto Lucífero*. Muchos se han dejado y todavía caen en la trampa del mal que tiene su símbolo sombrío en Caín.

Afrontar a Caín [...] significa recorrer el primer *itinerarium mentis in abyssum*, un descenso a los infiernos en el cual, poco a poco que se avanza, desaparecen las municiones, se desintegran las certezas, se desmorona el terreno moral y el de las normas sociales. Todo termina, en este deslizamiento, justo allí donde todo comienza (M. Doni).

La existencia del mal, sobretudo en sentido metafísico, es un “escándalo”, es un “enigma”, es un “misterio” dañosamente y dramáticamente concreto, sea para la razón que para la fe. El mal, en su multiforme y tentacular realidad, no solo parece escapar a toda respuesta, sino que al mismo tiempo parece revelar “un fondo tenebroso”, un estado de irracionalidad radical, cuyas raíces penetran en lo más profundo de la naturaleza humana y echan sus sombras en los secretos más escondidos de la relación entre hombre y trascendencia. Así la radicalidad de mal en su *no-sentido* se ve reenviada al origen del *sentido*, es decir, Dios. Cuestión de *Dios* o cuestión del *mal* forman una díada inseparable. No obstante los diversos pensamientos recogidos en el tiempo, en las culturas y en las mismas religiones, la Iglesia, a partir de la historia de la salvación y de la Revelación bíblica, sabe, experimenta en sus miembros y enseña a los creyentes en Cristo que el mal y sus graves consecuencias son fruto sea de la *envidia del Diablo* (aunque para muchos, también cristianos, vale desgraciadamente el dicho: *etsi diabolus non daretur*) que del *pecado del hombre*; hecho que algunas veces viene minimizado, contestado y refutado con el tentativo «de explicarlo únicamente como un defecto de crecimiento, como una debilidad psicológica, un error, la consecuencia necesaria de una estructura social inadecuada, etc.» (CIC, 387). Mientras que, por el contrario, se necesita «conocer a Cristo como fuente de la gracia para conocer a Adán como fuente del pecado» (CIC, 388) y, por tanto, del mal y sus derivados. El cristiano, experimentando la fuerza y la amargura del mal, no tiene otra cosa que hacer sino mirar y compartir por gracia la *alternativa al mal mismo que es Cristo*. Al mal, el cristiano solamente puede oponer la *santidad* de Dios, de su Cristo, del Espíritu. Y lo puede hacer, no porque sea propietario de tal santidad, sino porque de ella es gratuitamente beneficiario, en virtud del *opus Christi*: obra de redención, de re-generación, de salvación, esculpida en su cruz y redención, donde convergen el *abismo de la maldad* y la *gracia del rescate*.

La historia del cristianismo, mientras confirma el cuidado materno que la Virgen glorificada ejerce a favor y en orden al *cumplimiento* del diseño divino de salvación en nuestra pobre historia de errantes hacia el *Eschaton* eterno, la enseña, en cuanto creatura y mujer *santa* por Gracia y por fe, a nuestro lado como *luchadora* y como *imagen agonal* de la misma Iglesia de santos y santas. María, la primera adoradora de la Trinidad, la *implacable*

enemiga del Mal, por motivo de su espléndida humildad, receptividad crítica y pneumática, fortaleza teologal, obediencia a la voz del Espíritu Santo, santidad preclara, está solidariamente empeñada en la lucha contra el mal en sus diversas formas, que, *en y por* medio del Cristo, contribuye y derrota en cuanto *Mujer protológica y escatológica* (cf. Gn 3,15; Ap 12,1), compañera de viaje donada por la Gracia a cualquiera que escoja la *belleza de la santidad* al puesto del *fascino de lo horrendo y de la sangre*.

2. El magisterio pontificio al servicio de la paz

El variado pensamiento humano del siglo XX, siglo de las ideologías convertidas en sistemas totalitarios, además, ante el problema de Dios, ha tenido comportamientos esquizofrénicos o absolutamente diversos entre ellos: - de total encerramiento respecto a la religión (ifinalmente Dios está muerto!); - de defensa inteligente de su Ser y de su actuar como providencia, como sentido, meta de los hombres y de la misma historia. De todo eso el cristianismo, el pensamiento y la teología cristiana en particular han sido últimamente golpeados y provocados. En esta temperie nada fácil, los Papas, desde Pío X (1904-1914) hasta Pío XII (1939-1958), por todos los medios han buscado “reunir en Cristo” a los fieles perdidos en el tempestuoso mar de las ideologías fundamentalistas y atemorizados por la atrocidad de los imperialismos ideológico-políticos y de las enormes tragedias venideras por las tormentas bélicas, tratando de restaurar, dentro de lo que podían (aunque, digámoslo, con poco éxito) una “*societas christiana*” idealmente inspirada en el modelo medieval europeo occidental y en la relación entre fe y razón (e Iglesia-Estado) en él presente.

Sin embargo, va acentuado que en esta difícil época el mundo ha conocido espléndidos ejemplos de *martyria* y de *agape*. Ejemplos que han unido en el testimoniar al Señor Jesús hombres y mujeres de confesiones cristianas diversas. A tal propósito, es necesario recordar cómo en el siglo XX nos hemos encontrado delante de

un verdadero *ecumenismo del martirio*: Dietrich *Bonhoeffer*, pastor y teólogo protestante; Edith *Stein*, religiosa carmelitana de origen hebrea; Maximiliano M. *Kolbe*, apóstol de la caridad y de la Inmaculada; Salvo *D'Acquisto*, policía napolitano; y tantos otros testimonios desconocidos por los hombres, pero no por Cristo, premio y corona de los santos mártires (S.M. Perrella).

La guerra de 1914-1918 fue la primera guerra globalizada y de masa en la historia de la humanidad, en la cual los pueblos europeos se destrozaron con insólita ferocidad y profusión técnica de medios asesinos y capacidad

de implicación de los civiles, a menudo indefensos, sobre todo el escenario planetario. Involucra, por primera vez en primer plano, una potencia extra europea, los Estados Unidos de América, que en 1917 rompe el estancamiento entre contendientes y con su intervención terminó por resolver la competencia en beneficio del eje Anglo-Francés, reduciendo, sin embargo, la autonomía de la vieja Europa y volviendo tendencialmente superados los viejos equilibrios y las tradicionales jerarquías internacionales. Tal guerra, sin embargo, fue la precursora de un conflicto todavía más feroz, globalizado y planetario: el segundo conflicto mundial (1939-1945). La más convencional de las tesis sobre sus causas atribuye toda responsabilidad a Adolf Hitler († 1945): una opinión bastante difundida, obviamente, en la postguerra, sancionada por el proceso de Núremberg, con los derrotados en el banco de los acusados y los vencedores vestidos de jueces y fiscales. Hitler, aun así, recibió efectivamente las principales responsabilidades; pero ¿cómo había podido un solo hombre político, como jefe de un Estado derrotado pocos años atrás, desencadenar el más grande y siniestro conflicto de la historia humana? ¿Por qué los otros países no se habían opuesto a tiempo a la prospectiva de la guerra? A estas preguntas, el proceso de Núremberg dio respuestas poco satisfactorias, influenciadas por la razón de estado de las potencias vencedoras, las cuales, de un modo u otro, no habían sabido oponerse efectivamente, por motivos históricos, al “resistible aumento” de la Alemania nazi. Tales cuestiones se convirtieron por el contrario en las preguntas fundamentales que la cultura y la historiografía de la postguerra se plantearon individuando una serie de *causas*: - el régimen de los tratados sucesivos a la primera guerra mundial; - los efectos de la gran crisis económica mundial de 1929; - la radicalización del conflicto social sucesora de la crisis.

Los años treinta del siglo XX fueron caracterizados por un vacío de poder internacional, debido no solo a las dificultades encontradas por el sistema capitalista liberal-librecambista sobre los cuales se regían los mayores Países de Occidente, sino también debido a la fuerza del conflicto social – que se convierte rápidamente en conflicto transnacional – y, no última, por la crisis moral e ideal que gradualmente envolvió conciencias y mentes de muchos y muchos europeos que no supieron y no quisieron “leer” los tristes presagios venideros de los programas, escritos, hechos y personas delirantes que propagaron, con violencia y con engaño, ideologías antihumanas y anticristianas que inevitablemente se estructuraron y se codificaron como forma de poder y de Estado totalitario.

Después de la segunda guerra mundial, no se tiene la tan deseada paz. Inició la llamada “guerra fría”, que veía oponerse a los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y las naciones europeas occidentales a Rusia soviético-co-

munista y a las naciones europeas orientales conquistadas por ella y puestas bajo su propio dominio. El factor nuclear funcionó como elemento disuasivo referente a un encuentro abierto entre los dos bloques (se hablaba de *equilibrio del terror*), pero no impidió que la contraposición fuera combatida *a través de vías terceras* constituidas por guerras regionales en las cuales los combatientes eran sostenidos militarmente, técnicamente y logísticamente por las dos superpotencias adversarias. En esta contraposición global, la Iglesia ha conocido un nuevo período de persecución por parte del bloque comunista soviético, sea en tierra europea o fuera de ella en las naciones de él dependientes u orgánicas a él. Se trata de persecuciones sea antecedentes al estallido de la segunda guerra mundial, sea posteriores a ella: piénsese a las declaraciones de Pío XI (1922-1939) en la encíclica *Divini Redemptoris* (19 marzo 1937) contra el comunismo ateo y a las de Pío XII en el memorable *Discurso de Navidad* (1952). En este contexto sumamente complejo, la *reflexión* y la *acción* de la Iglesia Católica sobre la guerra y sobre la paz sufre un giro dinámico, si bien manteniendo constantes algunas líneas guías esenciales. Es preciso en este sentido hacer una *lectura sapiencial* del magisterio pontificio, teniendo presente el inevitable condicionamiento histórico, socio-político-cultural-social y teológico de la época. Nos limitamos a apuntar algunos más significativos.

* Benedicto XV (1914-1922), Papa durante la primera guerra mundial, en su célebre carta de 1917, la llamada «Nota di pace» dirigida a los responsables de las naciones beligerantes, pide una «paz justa y duradera», invitando a los gobernantes a poner fin a la «inútil matanza». La «Nota di pace» se convierte en el punto de partida del *magisterio de la paz* de todos los Pontífices del vigésimo siglo; en ella emergen sustancialmente tres aspectos fundamentales en orden a la verdadera paz: - la limitación de los armamentos (los llamados al desmantelamiento recíproco); - la jurisdicción arbitral internacional (el constante respaldo pontificio a los organismos supranacionales que fueron la Sociedad de las Naciones antes de la ONU después de la segunda guerra mundial, en cuanto organismos representativos de las naciones del mundo); - la recíproca renuncia a las indemnizaciones de guerra (fuerte insistencia de los Pontífices sobre una paz justa, que prohíba los propósitos de venganza y de perjudiciales humillaciones de los adversarios, pero respetuosa de los derechos de los derrotados). Esta posición suscitó escándalo en muchos de los países beligerantes que eran naciones confesionalmente cristianas, hasta la acusación, dirigida al Papa y a la Iglesia, de predicar, justificar y sostener el *derrotismo* y la *negligencia del amor a la Patria*.

* Pío XII fue coautor de la «Nota di pace» de Benedicto XV; sucesivamente, en condición de Secretario de Estado de Pío XI — Pontífice del gran carácter, que en la tempestad del siglo de los totalitarismos sangrientos afirmó sin vacilación la coherencia y verdad del “reino de Cristo”, por lo que se consumió totalmente a sí mismo y su acción pastoral -, fue el redactor de la encíclica del Papa Ratti *Mit brennender Sorge* (1937), en la que se afirma la contrariedad de la Iglesia Católica al nacionalsocialismo alemán a causa de su doctrina racista y anticristiana. El Papa Pacelli, en su turbulento pontificado, marcado por la segunda guerra mundial y por los inicios de la sucesiva guerra fría, no deja de lanzar una llamada por la paz, utilizando en modo amplio los medios radiofónicos. En la vigilia del estallido del conflicto, a través de un radiomensaje, Pío XII se apela a todas las potencias para impedir la guerra, pronunciando la expresión: Inminente es el peligro, pero todavía hay tiempo. *Nada se ha perdido con la paz. Todo puede ser con la guerra.*

Debemos anotar que, con el Papa Pacelli, se entra en la era atómica, en la época donde la humanidad, con las armas termonucleares «han adquirido el poder no solo de modificar, sino de destruir la creación, al menos por cuanto corresponde a nuestro planeta» (G. Alberigo). En virtud del terror nuclear (al cual vendrá acompañado más tarde por el terror químico y bacteriológico), la guerra toca directamente el problema de la supervivencia de la misma humanidad. De frente a estos nuevos arsenales bélicos, la “teología cristiana de la guerra” como había sido elaborada entre el siglo VI y los inicios del siglo XX, ahora aparece totalmente inadecuada e inútil para expresar la propuesta cristiana en relación a la proporcionalidad y legalidad del recurso a las armas. Como consecuencia, nace la obligación de examinar la guerra con “mentalidad totalmente nueva”; en realidad, de examinar la “paz” como «como condición radical para continuación de la humanidad y del planeta entero y ya no solo de una convivencia más tranquila y serena». Tal posición de Pío XII vendrá retomada más tarde por Juan XXIII en la carta encíclica *Pacem in terris* (1963) y en la constitución *Gaudium et spes* (1965) del concilio Vaticano II (1962-1965).

* Juan XXIII (1958-1963) es por todos conocido por haber sido *el Papa Bueno y el Papa del concilio*; aunque haya ejercido su servicio pontifical en menos de cinco años, no puede ser considerado en algún modo como un Papa de transición. Su persona y su personalidad, su profética y valiosa obra, su testimonio teologal y su amable persona están indeleblemente impresos en la memoria de la Iglesia y de la historia del siglo XX. Muerto el 3 de junio 1963, fue beatificado junto a Pío IX por Juan Pablo II el 3 de octubre de 2000, durante la celebración del Gran Jubileo de la Redención, y después canonizado por el Papa Francisco el 27 de abril 2014. Después de la peligro-

sa crisis de los misiles de Cuba (octubre 1962), que vio el mundo cerca el abismo de una guerra nuclear, (evitada gracias a la intervención diplomática del pontífice), “la inmortal carta encíclica” (Benedicto XVI), *Pacem in terris* “representa un punto de llegada del pensamiento de los Papas sobre la paz, que toma sus movidas al amanecer del siglo XIX, quizás antes del siglo XX”. La encíclica alude a “los cuatro pilares” indispensables para una paz verdadera y duradera: verdad, justicia, amor y libertad. La encíclica ha marcado un cambio en el magisterio cristiano: el cambio desde la doctrina de “la guerra justa” hacia la doctrina de “la paz justa” comprendida como desarrollo social; un pasaje en el cual se conectan los pronunciamientos sucesivos del beato Pablo VI (1963-1978) en la *Populorum progressio* (1967) y en *Octogesima adveniens* (1971), de san Juan Pablo II (1978-2005) en *Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei socialis* (1987), *Centesimus annus* (1991), *Evangelium vitae* (1995), de Benedicto XVI (2005-2013) en *Caritas in veritate* (2009), de Francisco (2013-) en *Evangelii gaudium* (2013) y *Laudato si'* (2015). Juan XXIII, de su robusta, tradicional pero sobria piedad mariana, finalmente, consideró siempre, como sus predecesores, en el rezo fervoroso del *Rosario*, un medio válido para implorar a Dios la paz del mundo.

Los pontífices hasta ahora mencionados han servido a la Iglesia en tiempos excesivamente difíciles, con los medios a su disposición, con las advertencias, las suplicas, la enseñanza, la oración, la exhortación e incluso con la diplomacia, la paz entre los pueblos y las naciones manteniendo siempre un testimonio adecuado de la Iglesia a Cristo, príncipe de la paz, y a la humanidad siempre necesitada de este bien inestimable y sin fronteras. El servicio y el testimonio de paz, especialmente en nuestro tiempo postmoderno que se ha convertido en belicoso y fundamentalista por motivo de los extremistas peligrosos y del terrorismo ideológico y religioso, especialmente después del 11 de septiembre de 2001, debe comprometer en modo particular a todas las religiones. Anunciando a Cristo, Señor de la vida y Príncipe de la paz- su nacimiento coincide con el anuncio de paz a los pastores (cf. Lc 2,1-20) -, la Iglesia, así como María, promueve en el mundo una cultura de paz, no la paz de los hombres, de los intereses, o del miedo, sino la verdadera paz de Cristo, fundamentada en el evangelio de la salvación. Los cristianos deben esforzarse por llevar una contribución a la paz: activa, generosa y auténtica, eliminando del corazón, sobretodo, cualquier forma de violencia y todo sentimiento de opresión hacia el hermano y la hermana en la humanidad. De tal modo ellos iniciarán el camino de la paz común, que se fundamenta, según el magisterio de los Papas, primero que todo, en la paz operante de los individuos. Si la paz debe reinar soberana y duradera, los cristianos y los

hombres y mujeres de “buena voluntad” deben hacerla reinar primero en sus corazones, en sus familias, en la ciudad, en la región, en la nación, en la religión, de modo que la humanidad entera, dándose cuenta e dejándose fascinar por el poder vivir en serenidad y concordia entre ellos, se esfuercen para que este bien universal se convierta en una aspiración, exigencia, empeño y patrimonio de todos.

3. *María, Regina pacis y Señora pacificadora*

Coincidimos que esta breve e incompleta información ayuda a conocer y apreciar más, a los desinformados, en cuanto especialmente los pontífices del siglo XX y de los primeros años del siglo XXI han hecho a favor del bien inestimable de la paz, y aquel que la iglesia, experta en la humanidad (Pablo VI), a la luz del evangelio de la paz anuncia, sirve y propone, confiando siempre en la oración y en la intercesión de María Reina de la Paz, con la firme convicción que la presencia y acción

continúe, desde lo alto del cielo, a influir en el escenario de nuestro mundo, busque el fundamento bíblico- teológico en el hecho histórico-salvífico, en el que Dios la ha querido como socia única de su hijo en la obra de la salvación. [. . .]. Más allá de la categoría de la intercesión, que intenta explicar el modo misterioso, de la acción de la virgen en el mundo social, si puede proponer y subrayar la fuerza lógica de la “categoría de inspiración, per entender esta acción en su modo histórico [. . .]. En este caso, la figura de la Virgen no solo es motivación per actuar sino también modelo de acción o regla de vida (C.M. Boff).

El seguimiento de Cristo, liberador de los hombres (cf. Lc 4,16-21) y en el contexto de la acción pacífica de la iglesia a favor de los últimos, encontramos a María, cuya humilde figura es al mismo tiempo un icono estimulante de liberación. Su *Magnificat*, además de ser una meditación profunda de la historia, es también la expresión perfecta de la espiritualidad de la liberación que, además de explicar su acción de gracias por las obras de Dios que liberan a los oprimidos y humillan a los poderosos siempre armados de violencia y de guerra, explica también la experiencia activa en el cambio del mundo de un lugar de guerra a un lugar de paz en virtud de la fidelidad de Dios a su alianza (cf. Lc 1,46-55). El cristiano que mira a María no puede ser cómplice (pasivo o activo) de la injusticia del mundo, ni reducir su acción sacerdotal y cultural a homenajes y oraciones, sino que debe meterse como María en la parte del Dios de los pobres y esforzarse santamente por un amor activo y político hacia ellos, incluso contribuyendo a la liberación del mundo de toda injusticia, *in primis* aquella que envenenan la relación primera,

estructurante y fundamental, entre hombre y mujer. Es propio de la Mujer escogida por Dios para realizar la obra de la encarnación redentora, que nos invita a deponer los prejuicios injustos contra las mujeres, impidiéndoles la plena participación y responsabilidad en los sectores varios de la vida social y eclesial.

En la Virgen, primera y perfecta creatura redimida, santificada y salvada, la utopía del reino de Dios que tiende hacia la construcción de una comunidad humana animada por el Espíritu Santo como principio de una cultura fundada en el amor, la comunión, la fraternidad, la justicia y la libertad, se ha vuelto realidad (cf. Rm 14,17; Gal 5,1-13). María emerge como la Virgen del “nuevo corazón”, abierta a la acción del Espíritu para que pueda nacer la Cabeza de la nueva humanidad y se instaure en el mundo un reino divino que nunca tendrá fin (cf. Lc 1,33). Es justo Ella, quien está al centro de la primera comunidad eclesial donde del Espíritu nace, el inicio maravilloso de una vida en la unión cordial, en la oración y en el compartir de los bienes, de los que la Iglesia se ha hecho sierva en orden de una *creativa* animación cristiana de la realidad social. Esta es la auténtica alma “mariana” de la liberación que une a la acción de gracias por los dones de Dios y a la alegre consciencia de su amor, el compromiso fáctico a favor de la paz, ya que «el hombre viviente es gloria de Dios y la visión de Dios es la gloria del hombre» (San Ireneo de Lyon).

La propuesta liberadora de la que María, en cuanto *discípula plenamente realizada*, se hace portadora y mensajera y que es el fulcro contenedor de una genuina *mariología social al servicio de la paz*, no tiene nada que ver con las formas de opción por los pobres, aunque inspiradas en aquellas ideologías en las que se centra el ateísmo, el materialismo, la negación de la persona humana y que, para realizar su liberación, recurren a medios violentos en nombre de una permanente lucha de clases. El *Magnificat* no adopta la visión de una humanidad dominada ineludiblemente por la ley del más fuerte, sino que celebra a Dios como el artífice del verdadero progreso en cuanto que es capaz de *compasión, de escucha y de acción* a favor de los *sin voz* y de los *sin derechos*. En palabras del Papa Francisco, el Magnificat es el canto de alabanza a aquel Dios que no se avergüenza de la fragilidad, sino que la hace el centro y el corazón de su pensamiento y de su acción, para que sea una fragilidad redimida: redimida de la ley del más fuerte, redimida de la inevitabilidad del hecho, redimida del victimismo, redimida de “la cultura del descarte”, redimida de los intereses de los mercantes de armas, redimida de “los señores de la guerra”.

La Virgen María es, por ello, como lo explicitó Juan Pablo II en la *Redemptoris Mater* (1987), el icono más perfecto de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos en la óptica de Dios salvador, a cuya realización mira constantemente la acción de la Iglesia y del cristiano en particular, en cuya memoria y en cuyo corazón vive y debe vivir permanentemente el eco fiel del magnificat. Justamente obteniendo del corazón de María y de la profundidad de su fe, la Iglesia se da cuenta cada vez más de no poder separar la verdad de Dios que salva, de su obra y de su amor que prefiere a los pobres y a los humildes. Inspirarse en María para realizar la *Civilización del amor y de la Paz* —como dijo Pablo VI en el día de pentecostés de 1970—, significa tomar muy en serio *la llamada universal a la santidad* como forma permanente del *humanum* concreto e histórico, preparándose a superar las múltiples estructuras de pecado de las que es prisionera nuestra vida personal, social y familiar y a comprometerse a favor de los últimos para la necesaria transformación *in iustitiam et pacem* de la sociedad. Al finalizar el discurso de clausura del tercer periodo conciliar, el 21 de noviembre de 1964 Pablo VI se dirigió a la *Mater Ecclesiae* con dolorosas y suplicantes palabras:

Templo de la luz sin sombra y sin mancha, intercede ante tu Hijo Unigénito, Mediador de nuestra reconciliación con el Padre (cf. V, XI), para que sea misericordioso con nuestras faltas y aleje de nosotros la desidia, dando a nuestros ánimos la alegría de amar. Finalmente, encomendamos a Tu Corazón Inmaculado todo el género humano; condúcelo al conocimiento del único y verdadero Salvador, Cristo Jesús; aleja de él el flagelo del pecado, concede a todo el mundo la paz en la verdad, en la justicia, en la libertad y en el amor.

Santa María enseña que el servicio de Dios se cumple en el servicio al prójimo: el Dios de María es alcanzable allí donde el prójimo es reconocido y escuchado. En la necesidad del prójimo, en las urgencias que nos resultan familiares, nos está esperando el Dios que nos ha llamado a su servicio. Descubriendo que Dios cuenta con nosotros, nos es revelado, al mismo tiempo, el rostro de las personas que realmente cuentan para que está hablando con nosotros: como María, no podemos escucharlo, sin que escuchemos la voz que se alza de la necesidad de los hombres. El Dios de María, cuando llama, cuando habla a una persona, así como le hablo a ella, le habla de otras personas, le presenta sus historias. La vocación *mariana* del creyente y de la Iglesia tiene su origen en un Dios que se hace confidente con nosotros no para *platicar*, sino para compartir la historia de todos aquellos que El lleva en su memoria y en su corazón. Hacerse, como María, siervo de Dios, impone la obligación de “engrandecer el corazón” y de “abrir la tienda” a aquellos de los que Dios nos ha hablado, nos habla y nos hablará.

Siguiendo la línea de Pablo VI, también Juan Pablo II ha enseñado después que el cristiano, sostenido por la fe, se empeña en crear las condiciones para una paz verdadera que son las obras de la justicia, porque sin justicia la paz no puede existir. Justicia quiere decir ser consciente del lugar propio en el mundo y del lugar que debe reconocérsele a Dios y a los otros hombres. Solo en el actual respeto de la dignidad de cada hombre, de hecho, se encuentra la vía segura para construir las relaciones de una convivencia serena.

Conclusión

María es, en definitiva, el *gran signo* del rostro materno y misericordioso, de la cercanía del Padre, de Cristo y del Espíritu Santo a cada hombre; el gran modelo de plena comunión con el Hijo, pero también de verdadera comunión con los hombres, *hermanos* y *hermanas* suyos; una figura de gran valencia y significado antropológico, un camino seguro para la reconquista de la dignidad humana, porque presenta el rostro nuevo del hombre redimido por Cristo. La fuerza del hombre está, de hecho, en la acogida de la salvación ofrecida por Dios. (cf. Lc 9,25; 12,31) y en realizarla en la vida con un corazón generoso (cf. Lc 8,15). El mundo entero, trastornado por tantas fuerzas del mal que abusan de su libertad para causar ruinas y lutos, se encuentra, a pesar de todo, firmemente sostenido por las manos de Cristo, Dios con nosotros, y está en el corazón de María, madre universal de toda la familia humana, ícono materno de la paz. No puede, pues, andar perdido, sino que se encamina, gracias a la obra de los creyentes, hacia la salvación, para ser un día presentado al Padre. Todos estamos llamados a sostener con la oración, el testimonio y el celo apostólico, a la humanidad, para que se vuelva familia de Dios según su salvación. El cristiano no puede detenerse en el conocimiento teórico de la relación de María con los hombres, sino que debe *experimentarla* y transformarla en estímulo para comprometerse a ser, junto con ella y como ella, sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-14). El “cuidar” al hombre, al cosmos, “casa común” de todos, siguiendo el estilo y la acción de María, verdadera maestra de *ecología cósmica*, es, entonces, una acción que no excluye a ningún hombre, a ninguna mujer y a ninguna criatura, y se exprime con el “*bacerse voz*” de quien no tiene voz, y con el “*bacerse profecía*” del hablar con franqueza delante del mundo. La madre del Señor, dona de su mirada providente y providente —esto lo ha aprendido del Dios de Israel y del Cristo, y tal mirada inclinada sobre el mundo continúa incesantemente hasta la Parusía, como muchas veces enseñó Juan Pablo II— acoge el gemido de la creación que anhela ser transformada y liberada; escucha la voz de las criaturas que piden finalmente ser respetada-

das en su dignidad y acogidas en su diversidad; ella, en la comunión de los santos del Cielo, hace siempre suyo el grito de dolor de millones de personas que quieren ser reconocidas en su propia dignidad, en su ser imagen de Dios, en Cristo Jesús. El cristiano auténtico es, entonces, aquel que deja fluir, como María, en el propio corazón la fuente del agua viva que es el amor difundido en nosotros por medio del Espíritu del Padre y del Hijo, de modo que se vuelque en la vida, en la historia, en el servicio, sin restricciones, sin vetos, sin cansancios. El creyente es aquel que, como la Virgen, deja transpirar en la propia existencia una humanidad plena, alegre por el don de sí misma, en la madurez psicológica y afectiva, en la libertad de las decisiones tomadas en favor de Dios, en la docilidad al acoger y seguir su voluntad, en transparencia total para poder cumplir las obras de Dios que transforman al mundo. La Madre de Jesús, mujer proveniente del ejercito de los pobres del Señor y de las santas mujeres de Israel, es *Mater viventium* (cf. Gn 3,20), la combatiente contra cualquier forma de mal (cf. *Redemptoris Mater* 11), porque es quien nos conduce a Aquel en el cual resplandece la plenitud de la humanidad, verdadero esposo de la Iglesia (cf. Ef 5,29-32). Sólo Jesucristo, de hecho, nos salva del riesgo de convertirnos, como el impío y el ídólatra descritos en la oración de los Salmos, animales feroces que se nutren de carne humana, devorando a diestra y siniestra a aquellos que no pueden, no saben y no quieren ser como ellos (cf. Sal 10,8-10; 17,12; 22,14; 35,17; 57,5). Ellos difunden en torno a sí el terror (cf. Ger 20,10) y destruyen la creación (cf. Ger 12,10-14; 14,2-6). La Virgen es madre de aquellos que combaten una similar animalidad feroz. Es madre de sus hijos, que han escogido vivir tal batalla como regla de su vida cristiforme y cristificadora (cf. 2 Mac 7,1-41). Es madre de todos aquellos que, aun sufriendo en su propia carne la violencia del príncipe de este mundo, no se someten a sus reglas y a sus lógicas. Es madre de aquellos que el mundo considera “muertos” y como tales los trata, los oculta y los cancela, pero que en realidad son, en Cristo, con Él y por Él, los auténticos vivientes, porque han «regresado de los muertos» (Rm 6,13; cf. Ap 6,9-11). El Papa Francisco, en el n. 286 de la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, afirma:

María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura. Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza. Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno. Como una

verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios.

De hecho, en su intercesión delante del Hijo Jesús, María, verdadera *regina pacis*, pide la gracia y el don de la unidad, de la paz y de la alegría para el género humano, en vista de la construcción de la Civilización del amor, superando las tendencias a la división, las tentaciones de la venganza y el odio, y de la fascinación perversa por la violencia destructora.